¿LA MASONERÍA SE DERIVÓ DEL MORMONISMO?

Por Eugene Seaich

El siguiente artículo ha sido editado y aparece aquí con permiso del autor. Está extraído de un apéndice de una obra mucho más grande (aproximadamente 1200 páginas) del autor, titulada Textos antiguos y mormonismo, que espera publicar en el futuro. Las consultas se pueden enviar al autor haciendo clic aquí. La relación de la masonería con la investidura del templo mormón ha sido durante mucho tiempo un tema de especulación entre los estudiantes de la historia mormona. Joseph Smith opinaba que el ritual masónico era una forma corrupta del sacerdocio original. Así, en una carta a Parley P. Pratt, escrita tres meses después de que Joseph se convirtiera en Maestro Masón, Heber C. Kimball observó que:

Hay una similitud entre el sacerdocio y la masonería. El hermano Joseph dice que la masonería se tomó del sacerdocio, pero se ha degenerado. Pero muchas cosas son perfectas. Más tarde, explicó que: La masonería de hoy proviene de la apostasía que tuvo lugar en los días de Salomón y David. Ellos tienen de vez en cuando algo que es correcto, pero nosotros tenemos lo verdadero. Benjamin F. Johnson, otro de los amigos íntimos de José, recordó la opinión similar del Profeta de que:

La masonería era la dote apóstata, como la religión sectaria era la religión apóstata. Pero como los historiadores masónicos no afirman que la masonería existiera antes de la época de los constructores de catedrales medievales, los antimormones se han apresurado a argumentar que las similitudes entre el mormonismo y la masonería solo pueden ser de origen reciente, de hecho, no pueden ser más que el producto de un préstamo deliberado de los masones por parte de un ingenuo o astuto Joseph Smith. Sin embargo, muy pocas veces piensan en preguntar de dónde obtuvieron los masones sus ideas, o en compararlas con lo que se sabe de la Iglesia Primitiva y sus tradiciones del Templo. De hecho, la mayoría de los eruditos más recientes se contentan con señalar semejanzas superficiales entre la Investidura mormona y los ritos de la masonería, mientras ignoran por completo el hecho de que la Investidura se parece mucho más a los antiguos ritos de la Iglesia que a la masonería, o que la masonería se parece a los antiguos ritos de la Iglesia. Si descubrieran lo que realmente hay detrás de la masonería, entonces, rápidamente se darían cuenta de que ha preservado reliquias auténticas del cristianismo primitivo, que por medios en gran parte desconocidos se habían filtrado hasta ella desde los misterios del pasado, y que incluso en su vestimenta masónica proporcionan pistas importantes sobre la naturaleza de sus fuentes originales.

Obviamente, Joseph Smith se sintió inspirado a reconocer esta relación genérica; por lo tanto, parecería haber sido la Providencia más que el Engaño lo que llevó al Profeta a convertirse en Masón en 1842, tal vez como parte de su educación continua en los rudimentos del Evangelio Restaurado. Es notable que el Profeta no sólo afirmara reconocer en la masonería auténticas supervivencias de la antigua práctica del Templo, sino que también se atreviera a corregir lo que encontró, ofreciendo en su lugar lo que dijo que era el prototipo verdadero e incorrupto. Así, mientras que el ritual del Templo mormón tiene un parecido familiar con el ritual masónico,

también difiere en puntos significativos, lo que demuestra que José tenía sus propias ideas sobre la forma apropiada del original. De hecho, ya hay pasajes dispersos en el Libro de Mormón (1830) que sugieren la existencia de un orden del sacerdocio más completo y más maduro, específicamente mencionado como el "Santo Orden del Hijo de Dios" (Alma 13). En estos pasajes dispersos encontramos repetidamente figuras retóricas que delatan un conocimiento sorprendente por parte de sus autores de lo que aún estaba por revelarse a José Smith:

He aquí, te tengo esculpido en las palmas de mis manos (1 Nefi 21:16). He visto su gloria.

y estoy eternamente envuelto en los brazos de su amor (2 Nefi 1:15).

Oh Señor, ¿me rodearás con el manto de tu justicia? (4:33).

Al que llama, se le abrirá (9:42).

Ruego al Dios de mi salvación que me mire con su ojo que todo lo escudriña... (y) testifique que sacudí vuestras iniquidades de mi alma, y que estoy ante él, y estoy limpio de vuestra sangre (9:44).

Estamos dispuestos a entrar en un convenio con nuestro Dios de hacer su voluntad... en todas las cosas que él

mande... para que no traigamos sobre nosotros un tormento interminable (Moisés 5:5).

A muchos se les da conocer los misterios de Dios; sin embargo, están bajo un mandato estricto de que no darán a conocer sino conforme a aquella porción de su palabra que él concede a los hijos de los hombres (12:9).

Por ser errantes en tierra extraña (13:23).

Extendió la mano y levantó al rey de la tierra, y le dijo: Levántate. Y él se puso de pie, recibiendo su fuerza (22:22).

Os doy poder para que todo lo que atéis en la tierra sea sellado en los cielos (Helamán 10:7).

Bienaventurados los que son de corazón puro, porque ellos verán a Dios (3 Nefi 12:8).

Porque tu Hacedor, tu Esposo, el Señor de los Ejércitos es su nombre (22:5).

Al mirar detrás del velo, vio el dedo de Jesús (Éter, 3:19).

Había muchos cuya fe era tan sumamente fuerte... que no se les pudo impedir que entraran detrás del velo (12:19).

He visto a Jesús, y... ha hablado conmigo cara a cara (12:39).

No podemos comentar abiertamente estos pasajes, ni entraremos más adelante en una discusión sobre la Investidura en sí; pero el Santo de los Últimos Días que asiste al Templo y entiende sus doctrinas reconocerá fácilmente su relevancia para la práctica moderna del Templo. Son especialmente importantes para nosotros porque muestran que la Investidura no fue creada de novo durante los últimos años de la vida de José Smith, ni debió su inspiración inicial al encuentro de Smith con la Masonería, sino que encajó perfectamente en el plan para restaurar el Evangelio desde el principio.

La naturaleza del culto en el Templo en la antigüedad mostrará de hecho más claramente que los orígenes de la Investidura del Templo SUD se remontan a mucho antes del advenimiento de la masonería moderna. Por lo tanto, debemos investigar las fuentes antiguas del ritual masónico, para demostrar que efectivamente contiene reliquias importantes del culto original del Templo, por lo que fue fácilmente capaz de estimular la mente de Joseph Smith en su propia obra de reconocimiento y restauración. El corazón de la masonería es la concesión del Tercer Grado (Maestro Masón), que

representa la muerte y resurrección de "Hiram Abiff" (2 Crónicas 4:16: Huram Abiv, "Hiram, su padre"). Esto se logra mediante un abrazo vivificante entre el candidato y un Maestro Masón, conocido como los "Cinco Puntos de la Hermandad". Dado que el popular libro Mormonism and Masonry de Cecil McGavin describe este abrazo con cierto detalle, lo utilizaremos como un punto de partida conveniente para nuestra propia discusión. Un poema masónico citado por McGavin describe y explica estos "Cinco puntos de la fraternidad" junto con las reflexiones del escritor masónico sobre su significado ("Moralización masónica"):

De pie a pie (enseña) que no dudaremos en ir a pie para ayudar y socorrer a un hermano necesitado; de rodillas a rodilla, que siempre recordaremos el bienestar de un hermano... De pecho a pecho, que siempre guardaremos los secretos de un hermano... De mano a espalda, que siempre estaremos listos para extender nuestra mano para ayudar y sostener a un hermano que cae; De mejilla a mejilla, o de boca a oreja, que siempre susurraremos un buen consejo al oído de un hermano.

En el rito masónico, el "buen consejo" susurrado es la "Palabra masónica", que restaura "la médula de los huesos". Después de recibirlo, se le dice al candidato que ha obtenido la inmortalidad al recapitular la muerte y resurrección de Hiram, "el hombre más grande que jamás haya vivido",10 y que hace mucho tiempo se dejó matar en lugar de divulgar el conocimiento secreto que había descubierto en pilares antiguos cuando excavaba para los cimientos del Templo de Salomón.

La leyenda masónica nos dice además que Dios había revelado originalmente este conocimiento a Adán y a los patriarcas, y que Enoc lo había inscrito contra la amenaza del diluvio venidero. Cuando los colaboradores de Hiram se vieron privados de dirección por su

muerte prematura, intentaron resucitarlo "sobre la base de los Cinco Puntos de la Comunidad", lo que les permitió aprender lo suficiente para completar el Templo y continuar en su ocupación como "albañiles" (cf. Ef. 2:20-22; 2 Ped. 2:5), es decir, como co-constructores del "Templo Celestial" de Cristo. Sin embargo, la forma más antigua de esta leyenda moderna parece no haber tratado con Hiram Abiff, sino con Noé, el último de los patriarcas que escuchó y retuvo la revelación original de Dios.11 Así leemos en el Manuscrito Graham del siglo XVII, un documento masónico redescubierto en 1936, cómo Sem, Cam y Jafet Los escoceses intentaron recuperar el precioso conocimiento de su padre muerto después del Diluvio. Esta obra escocesa describe cómo intentaron revivir su cadáver; pero cuando agarraron un dedo... se desprendió; así de articulación a articulación; así de la muñeca; y así del codo. Así que levantaron el cuerpo muerto y lo sostuvieron, poniendo pie con pie, rodilla con rodilla, pecho con pecho, mejilla con mejilla y mano con espalda, y gritaron: "Ayúdame, Oh Padre", como si hubieran dicho: "Oh Padre en el Cielo, ayúdanos ahora, porque nuestro padre terrenal no puede". Así que volvieron a colocar el cuerpo muerto en el suelo, sin saber qué más hacer. Entonces uno de ellos dijo: "Aún hay médula en este hueso"; y el segundo dijo: "Pero es un hueso seco". Y el tercero dijo: "Huele mal". Así que acordaron darle un nombre, como es conocido por la masonería hasta el día de hoy. El investigador masónico J. R. Reynolds cree que una obra de teatro sobre milagros de Noé representada en Wakefield y Newcastle a finales de la Edad Media contenía estos acontecimientos "nigrománticos" de una manera "cómica" o "ridícula". El libro The Medieval Stage de Sir Edmund Chambers hace referencia a un espectáculo similar, que, sin embargo, "parece haber sido un espectáculo o una función de tontos más que una obra de teatro sobre milagros propiamente dicha". 15 Alex Horne, quizás el mejor de todos los eruditos masónicos, concluye tentativamente que esta "pantomima" de Noé fue adoptada y retenida por los

masones, y finalmente asimilada a la historia de Hiram Abiff, con el resultado de que se decía que él también había muerto y resucitado antes de transmitir su conocimiento vital a sus sucesores.

Sin embargo, tanto los "Puntos de la Comunidad" como la idea de recuperar el conocimiento antiguo sobre la vida eterna tuvieron un origen mucho más temprano que incluso finales de la Edad Media. El abrazo en sí se remonta al menos a las leyendas del Antiguo Testamento de Elías y Eliseo, quienes resucitaron a los hijos de las viudas "extendiéndose" sobre sus cadáveres y colocando boca sobre boca, ojos sobre ojos y manos sobre manos. El mismo abrazo reapareció en el Evangelio cristiano primitivo de Tomás, donde Jesús dice a los discípulos que deben "hacerse uno" con él colocando ojos en el lugar de un ojo, y una mano en el lugar de una mano, y un pie en el lugar de un pie, y una imagen en el lugar de una imagen (Log. 22). Que esto se recordaba incluso durante la Edad Media lo demuestra el hecho de que el Seder Eliyahu Rabbah (siglo VIII) también explica cómo Dios resucitará a los muertos levantándolos del polvo, poniéndolos de pie y colocándolos entre sus rodillas para abrazarlos y apretarlos contra él. La expresión concomitante, "comunión", que ha permanecido tan estrechamente asociada con este abrazo en la tradición masónica, también tuvo un origen antiguo, siendo idéntica a la palabra griega, koinonia, utilizada para describir la unión de Cristo y sus discípulos, quienes deben sufrir lo que el Salvador sufrió para obtener la vida eterna: "Así

como sois participantes (koinonoi) de los padecimientos (de Cristo), así también lo seréis de la consolación" (2 Cor. 1:5-7).

A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos

(koinonian tes pathematon autou), llegando a ser semejante a él en su muerte, para que, si es posible, obtenga la resurrección de entre los muertos (Fil. 3:10-11).

Él nos ha dado preciosas y grandísimas promesas para que seáis hechos participantes (koinonoi) de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo (2 Pedro. 1:4).

Abrazos adicionales que describen esta "comunión" salvadora se han conservado en las primeras Odas judeo-cristianas de Salomón: Tú nos has dado tu comunión (Oda 4).

Me he unido a Él... De hecho, quien se une a Él que es inmortal, Verdaderamente se volverá inmortal (3:7-8). Y la Vida Inmortal me abrazó Y me besó.

Y de eso es el Espíritu que está dentro de mí.

Y no puede morir porque es vida (28:7-8).

Y me deshice de las tinieblas,

Y me vestí de luz.

E incluso yo mismo adquirí miembros... Y su comunión eterna (21:3-5).

Como el brazo del novio sobre la novia, así es mi yugo sobre los que me conocen (42:8).

El Evangelio copto de Felipe, de manera similar, retiene la palabra griega koinonia para describir la relación redentora de María Magdalena con Cristo (59:8-9; 63:33), una relación que los escritores apócrifos entendieron como la de "consorte" o "esposa". 19 Esto nuevamente refleja la tradición ampliamente difundida en la Iglesia Occidental de que María era la contraparte humana "caída" de la Iglesia, a quien Jesús había venido a redimir, así como la esposa de Oseas, Gomer, había sido la contraparte de la "Novia" caída de Yahvé, el Israel espiritualmente "muerto" (Oseas 1-3). 20 Por tal comunión, "lo santo se unió a lo impío para hacerlo santo" (Anderson y Freedman), es decir, compartió su Naturaleza Divina con su "socia" difunta (koinonos) para devolverle la vida. La idea masónica de recuperar el conocimiento secreto de antes del Diluvio también parece haber tenido orígenes muy

antiguos, de los que ya se habla en varias obras pseudoepigráficas del siglo II a.C. El Libro de los Jubileos (ca. 150 a.C.), por ejemplo, contiene la antigua leyenda de que el conocimiento secreto había sido dado por Dios a los patriarcas, y que había sido especialmente preservado y

transmitido por ellos para el uso de la humanidad posterior: Así ordenó Enoc... a Matusalén, su hijo, y Matusalén su hijo Lamec, y Lamec me ordenó (a mí [Noé]) todas las cosas que su padre le ordenó. Y yo también os daré mandamientos, hijos míos, como ordenó Enoc a sus hijos en los primeros jubileos (dispensaciones) (7:38-9).

Se nos informa además que estos "mandamientos" incluían conocimiento secreto para controlar a los "demonios", así como información sobre "toda clase de medicina" (10:11-13). Más tarde, estos fueron transmitidos al hijo de Noé, Sem (10:14), quien (según la tradición rabínica) los enseñó.
A Abraham (Pirke de R. Eliezer, 8). Posteriormente, Abraham se los pasó a su hijo, Isaac, y le explicó que: “Lo he encontrado escrito en los libros de mis antepasados, y en las palabras de Enoc, y en las palabras de Noé” (Jubileos, 21:10).

Estos escritos finalmente llegaron a manos de Jacob (31:21-6), quien se los dio a Leví, “para que los preservara y los renovara para todos sus hijos hasta este día” (45:16; cf. D. y C. 84:6-17). Es significativo que se piense que Jubileos es el producto del mismo elemento jasídico que se retiró a Qumrán y afirmó poseer misterios sagrados que se le habían ocultado al resto del mundo. También se dice que el anciano Enoc le dijo a su hijo Matusalén que había visto "tablas celestiales" en las que estaban escritos secretos maravillosos, y que le pidió que las preservara fielmente para las generaciones futuras (Enoc 82:1; 104:13; 107:3; 108:1ff). Los pecadores, advirtió, las alterarían y pervertirían, pero en el Tiempo del Fin saldrían a la luz en su pureza para aquellos que fueran dignos de recibirlas (104:12-13). 22 Este conocimiento secreto incluía información sobre el Diluvio y cómo prepararse para él (106:15-19). Enoc parece haber sido el equivalente hebreo del babilónico Edoranco (el séptimo "patriarca" en el relato de Beroso sobre las primeras generaciones), a quien también se le enseñaron los secretos de la profecía, y que finalmente fue recibido por los dioses en su compañía. 23 De manera similar, 1 Enoc describe la apoteosis de Enoc, quien fue "elevado a lo alto hasta el Hijo del Hombre" (70:1) y se le dijo: "Tú eres el Hijo del Hombre"24 que has nacido para la justicia, y la justicia permanece sobre ti, y la justicia del Anciano de Días no te abandona" (71:14). Esta alusión al "Anciano de Días" muestra que Enoc no permaneció simplemente como un ser humano "salvado", sino que se convirtió en el equivalente del "Hijo del Hombre" celestial (Daniel 7:13). En segundo lugar, Enoc le hace decir de sí mismo: “Y me miré a mí mismo, y era como uno de los gloriosos, y no había diferencia” (22:10).

Enoc incluso afirma que el patriarca llegó a ser nada menos que un Yahvé menor... porque mi Nombre está en él (12:5). Parecería, entonces, que Enoc fue considerado por los escritores antiguos como el poseedor de los secretos celestiales que conducen a la deificación,25 y que legó a su descendencia para el beneficio de las generaciones posteriores, cuando la rectitud regresara al mundo. Esta afirmación atrevida también debe compararse con la creencia masónica de que el candidato al Tercer Grado puede llegar a ser lo que es Cristo, como veremos enseguida. El propio Josefo afirmó que este conocimiento sagrado había sido transmitido primero a través de Set,26 quien (conociendo el diluvio inminente) lo inscribió en dos pilares, uno de ladrillo, el otro de piedra; Inscribieron sus descubrimientos en ambos, para que en caso de que el pilar de ladrillo fuera destruido por el Diluvio, el pilar de piedra pudiera

permanecer y exhibir esos descubrimientos a la humanidad, y también informarles que había otro pilar de ladrillo erigido por ellos (Antigüedades, 1.2.3).

La misma tradición fue posteriormente retomada por los primeros alquimistas. El fundador de la alquimia europea en el siglo III, Pseudo-Demócrito, por ejemplo, afirmó haberla aprendido de su difunto Maestro, "Ostanes el Persa", quien (como Noé) había muerto antes de transmitir su maravilloso conocimiento a sus hijos. Sin embargo, cuando Demócrito logró resucitar la sombra de "Ostanes", se enteró de que las columnas perdidas aún podían encontrarse en cierto Templo. Finalmente las localizó y las abrió para descubrir el "Gran Misterio", que enseña que la inmortalidad se transfiere entre el cielo y la tierra cuando una naturaleza se une con otra... es decir, cuando lo Divino y lo Mortal se combinan en uno.

Este es nuevamente el misterio de la koininia, que se expresó mediante el abrazo en el Templo, y que más tarde encontraría su camino hacia los "Puntos de Compañerismo" Masónicos. Una tradición alquímica similar, relacionada con secretos inscritos en pilares antiguos, sobrevivió hasta finales de la Edad Media como la leyenda de la "Tabla Esmeralda", supuestamente encontrada en la tumba de Hermes Trimegisto, y que revelaba que el "oro" aparece cuando lo Divino se une con lo Humano para formar un único continuum espiritual: Es cierto que para efectuar la única obra verdaderamente maravillosa, lo de Arriba debe ser uno con lo de Abajo, y lo de Abajo con lo de Arriba... El Padre de la única cosa es el Sol, su Madre la Luna... Su poder es perfecto después de que se ha unido a una tierra espiritualizada.

La historia de Josefo sobre los pilares antediluvianos se volvió ampliamente accesible una vez más a través de un relato contenido en el Polychronicon de Ranulf Higdon, una historia popular del mundo que completó alrededor de 1350. Aquí aprendemos cómo Adán previó el momento en que la Sabiduría Eterna se perdería. Por lo tanto, la confió a la seguridad de dos pilares gemelos de mármol y baldosas para que eventualmente pudiera surgir para la salvación de la humanidad. Un relato idéntico se encuentra en el Manuscrito Masónico Cooke (ca. 1410), que es uno de los "Antiguos Cargos" en los que se basa la leyenda masónica moderna. 30 Esta vez, sin embargo, se dice que el hijo de Lamec, Jabal, fue quien erigió los pilares gemelos, para que la ciencia sagrada "no ardiera ni se hundiera en el agua". De hecho, es muy probable que los lectores medievales asociaran al padre de Jabal, Lamec, con el "Lamec" que fue el padre de Noé, de ahí la transferencia de la historia a Noé y sus hijos en documentos masónicos posteriores. Los gnósticos también habían hablado de esta importante tradición, que aparece en las Tres Estelas de Seth de Nag Hammadi, escritas en algún momento antes del 265 d.C. Esto explica que la inmortalidad es el resultado de la henosis del candidato con una versión gnóstica de Cristo. Aquí nuevamente, los dos se convierten en uno, compartiendo así la perfección de su Padre:

Tú eres Padre a través de un Padre... Tú uniste el todo a través del todo... Tú has venido de Uno (es decir, de una corporeidad divina con el Padre), tú llegaste a ser uno... Tú nos has salvado... a aquellos que se vuelven perfectos contigo, que eres completo, que completas (120:26--121:9). En este caso, sin embargo, los dos pilares antediluvianos se han convertido en tres, sin duda para simbolizar la naturaleza "triádica" de Dios. Sin embargo, el "Gran Misterio"

básico, que los gnósticos preservaron en esta forma especial, parece haber ejercido una influencia crítica en la "Gran Obra" de los alquimistas, cuya búsqueda del "oro" también era una cuestión de "engendrar" la vida eterna uniendo el cielo y la tierra, así como Cristo se hizo uno con sus discípulos.

A estas alturas, pues, debería ser bastante obvio que el "Maestro muerto resucitado" que revela este gran secreto de la henosis con la vida eterna no era otro que Jesucristo, quien tuvo que resucitar de entre los muertos antes de poder impartirlo a sus discípulos. Esto era obviamente comprendido por los masones, pues se dice al final de la concesión del Tercer Grado que la persona a la que el candidato personifica es "el hombre más grande que jamás haya vivido". Peter Tomkins sugiere, de hecho, que la razón por la que el catolicismo se opone tanto a la "secta rival" de la masonería es la atrevida afirmación de esta última de que cada candidato se convierte en "el Cristo vivo, inmolado y resucitado en su propia persona", y que a través de la identificación con la experiencia de su sustituto, Hiram Abiff, "cada uno por sí mismo" se convierte en "nada menos que el Verdadero Dios del Verdadero Dios". 31 La identidad del "Cristo muerto resucitado" también se aclara en el relato medieval que Gustave Flaubert incorporó a su cuento de inspiración masónica, La leyenda de San Julián el Hospitalario (1875).

Esta vez, Jesús aparece como un leproso moribundo y repugnante, que se hace amigo de Julián el Barquero. Este último se apiada de él e intenta calentarlo con su propio aliento, descrito con una versión ficticia de los Cinco Puntos de la Comunidad:

"¡Ah, me estoy muriendo! ¡Acércate, caliéntame! ¡No con las manos; no, con todo tu cuerpo!"

Julián se estiró completamente sobre él, boca con boca y pecho con pecho.

Entonces el leproso lo abrazó, y sus ojos de repente se volvieron tan brillantes como estrellas; su cabello se estiró como rayos de sol... Una abundancia de deleite, una alegría sobrehumana inundó el alma de Julián mientras yacía

desmayado; y el que todavía lo abrazaba creció más alto, más alto aún, hasta que su cabeza y pies

tocaron las dos paredes de la choza. El techo voló, el firmamento se desplegó... y Julián se elevó hacia los espacios azules, cara a cara con nuestro Señor Jesús, quien lo llevó al cielo (traducción de Arthur McDowall; énfasis añadido). Flaubert afirmó haber sacado este relato de una vidriera de la catedral de Rouen, que representa eventos en la vida de San Julián. Pero la vidriera a la que Flaubert se refiere solo muestra a San Julián transportando al leproso a través de un río y siendo recompensado más tarde con la vida eterna. Para el abrazo en sí, Flaubert se basó en el relato en prosa francés del siglo XIII, que nos dice que el Cristo leproso ofreció primero su abrazo vivificante no a Juliano, sino a su esposa ("Señora, es apropiado que tenga el cuerpo de una mujer para calentarme... Por eso he venido aquí").32 La esposa compasiva está a punto de complacer al leproso, pero este último, en cambio, bendice a la pareja por su

bondad ofrecida y desaparece milagrosamente. La "esposa del barquero" es, por supuesto, una figura de la "Esposa de Cristo" del Nuevo Testamento, es decir, la Iglesia y sus miembros (Efesios 5:31-32), quienes deben estar dispuestos a hacer el uno por el otro lo que él está dispuesto a hacer por ellos: "Nadie tiene amor más grande que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15:13).

¿Tú (Pedro) pondrás tu vida por mí? (13:38).

Esta reciprocidad mutua es la versión joánica de la koinonía, o la "participación" del discípulo en la vida de sacrificio de Cristo. El hecho de que en este caso no se exigiera el abrazo de la esposa sugiere que Pertenece a la antigua tradición del "sacrificio detenido" (cf. Gn 22,10-18), es decir, la evidencia de que uno está dispuesto a dar de sí mismo antes de que realmente se le exija (cf. Rm 4,5.11).

La sorprendente idea de retratar a Cristo como un "leproso" también era muy antigua, remontándose al menos al primer cuarto del siglo II, cuando Aquila tradujo Is 53,4 ("lo tuvimos por azotado") como "lo tuvimos por haphemenon ('leproso')". La misma tradición se recoge también en el Talmud y el Midrash, que describen al Mesías esperado como un "leproso" (BT. Sanhedrin, 98a, 98b; Sepher Zerubbabel).33 Pero el relato en francés antiguo también debe haberse basado en la creencia bíblica de que los enfermos y moribundos podían ser resucitados mediante un abrazo íntimo, como, por ejemplo, cuando una bella doncella fue colocada en la cama con el enfermo rey David para "calentarlo" y reanimarlo (1 R. 1:1-4). La versión de la Septuaginta estipula en particular que ella debe "excitarlo y acostarse con él". Sin embargo, el rey estaba demasiado débil para responder y "no la conocía". Por lo tanto, David debe dejar de ser rey y, de hecho, muere poco después.34 Por razones propias, Flaubert convencionalizó el abrazo propuesto al estilo tradicional masónico, al mismo tiempo que lo transfirió a San Julián y Jesús. De esta manera nos dio su propia versión literaria de la conocida resurrección de Hiram Abiff, que se convirtió en una metáfora más de la henosis del Cristo resucitado y del candidato que está dispuesto a tomar parte en su vida y muerte.

En años más recientes, a esta línea masónica de “Maestros muertos” resucitados (Noé, Hiram, Ostanes, el Leproso, etc.) se unió la figura de Bezaleel, el arquitecto del Tabernáculo de Moisés en el desierto (Ex. 35:30-35). Alex Horne rastrea su aparición a un relato manuscrito de alrededor de 1726, que cuenta cómo dos jóvenes príncipes intentaron resucitar al sabio y anciano "cortador de piedras" (v. 33), para ser instruidos en las artes perdidas de la masonería.35

Sin embargo, una leyenda de Bezaleel de este tipo ya se mencionaba en la Historia de la Iglesia del siglo IV de Eusebio (10.4), lo que hace que los "sagrados oficios" de Bezaleel, Salomón y Zorobabel sean metáforas afines para el que levanta el "nuevo y santo Templo de Cristo" (Mt. 26:61; Mc. 14:58; Jn. 2:19). El Talmud también había asignado una sabiduría especial a la figura de Bezaleel, afirmando que él "sabía cómo combinar las letras por las cuales los cielos y la tierra fueron creados" (Talmud de Babilonia [BT] Berakoth, 55a).36 De hecho, se decía que estaba lleno del Espíritu de Dios y de conocimiento divino y secreto, por

medio del cual los "cielos fueron establecidos" y las "profundidades divididas" (Prov. 3:19-20). Claramente, Bezaleel ya era una figura bien conocida para el Creador. En la sección titulada "Panegírico sobre el esplendor de nuestros asuntos", Eusebio destaca a este Creador simbólico, "Bezaleel", como el "Arquitecto principal" del Edificio Sagrado restaurado, y Lo llama Otro Zorobabel, que añade una gloria al Templo de Dios mucho mayor que la anterior (Historia de la Iglesia, 10.4.).

Esta "gran gloria", añade, fue prefigurada por la construcción de un Templo en Tiro por parte de Hiram, el prototipo original del Templo de Jerusalén. Luego relata cómo "Bezaleel", el nuevo constructor del Templo, ha logrado levantar un edificio eterno que nunca más pasará. El relato siguiente está condensado del texto bastante extenso de Eusebio, pero hemos conservado su lenguaje característico en todo momento, con sus sorprendentes alusiones "proto-masónicas" (aquí en cursiva): Ahora el Salvador ha llegado a su Santo Monte. Al ver a su Novia tendida desolada en el suelo, extiende sus manos y levanta su cadáver, haciendo que se ponga de pie. Ella, que fue atacada por las baterías de sus enemigos y dejada por muerta sobre la tierra, se convierte en un Templo restaurado, cuya Piedra Angular principal es el Salvador mismo. En el Santo de los Santos, el Esposo recupera a su Esposa, una mujer que había sido abandonada y rechazada, ahora revestida de gloria y de ornamentos propios de una Novia real. Luego, al ver a sus hijos prometidos, pregunta: "¿Quién me ha engendrado a éstos, ya que he perdido a mis hijos y soy viuda?". Sin embargo, su restauración prometida estaba inscrita antiguamente en Tablas Sagradas, y ahora se hace realidad por "Bezaleel", el nuevo y excelente "Zorobabel", nuestro muy pacífico "Salomón", es decir, Jesucristo, el Arquitecto del Nuevo Templo.

Maravillosa y poderosa es esta obra, pero más maravillosas que los prodigios son estos arquetipos, estas renovaciones de edificios divinos y espirituales en nuestras almas, que el propio Hijo de Dios enmarcó y modeló según su propia imagen, y a los que en todas partes y en todos los aspectos impartió la semejanza de Dios. Eusebio resume entonces el sentido global de su parábola de la siguiente manera: Una especie de imagen intelectual en la tierra de aquellas cosas que están más allá de la bóveda del cielo... Un Templo de tipos celestiales, un Templo dado en símbolos y figuras.

Nos impresionan especialmente sus referencias al "cadáver muerto" de la Iglesia (cf. el manuscrito escocés Graham y su "cuerpo muerto apestoso"), que el Salvador ha hecho "estar de pie" (el manuscrito Graham: "levantado").37 Aquella que fue "asaltada por las baterías de sus enemigos" también nos recuerda al mortalmente herido Hiram Abiff, que era a la vez un símbolo de Cristo y del cristiano que aspira a identificarse con él (Tomkins). El "Templo restaurado" es, por supuesto, el ideal central de la masonería, que busca restaurar la "verdadera casa espiritual" y redescubrir el "camino hacia la verdad y la vida" (Dumfries No. 4 Ms., Catecismo).38 Mientras tanto, dado que la Iglesia era anteriormente una "Viuda" rechazada por su Esposo (cf. Is. 54:6), sus hijos son apropiadamente llamados "hijos de la Viuda", una designación común para los miembros de la Fraternidad Masónica.39 Su restauración fue prometida nuevamente en "tablas sagradas", correspondientes a las tablas y pilares antediluvianos de Sem y Enoc, ahora los Pilares Gemelos, "Jaquín" y "Booz", en el Templo Masónico. Los nombres "Bezaleel", "Zorobabel" y "Salomón" son una vez más

sinónimos de Jesucristo, quien prometió restaurar el "Templo de su Cuerpo" al tercer día, y quien se convertiría en el Maestro Masónico resucitado, "Hiram Abiff" finalmente él La designación de este Templo renovado como una estructura "celestial" corresponde a la idea del "Templo Celestial" descrito en la Epístola a los Hebreos, y que se ha convertido en el "Templo simbólico" de la Masonería especulativa, y cuyos "tipos y figuras"40 significan realidades que aún deben realizarse en las vidas de sus miembros. La concepción de Eusebio del "Templo intelectual" pertenece claramente a la tradición de espiritualizar las alegorías en el Testamento de Leví, los escritos de Clemente de Alejandría, Orígenes, Cirilo de Jerusalén y, de hecho, en el mismo Nuevo Testamento. 41 Por lo tanto, sirvió como otro vínculo importante entre las tradiciones de la Iglesia primitiva y los escritores de la Edad Media. No se sabe tan bien cómo se transmitió la tradición a los masones de siglos posteriores, aunque los paralelos son demasiado sorprendentes y significativos para haber sido mera coincidencia. Cabe señalar, sin embargo, que el Venerable Beda escribió en el siglo VII una parábola muy similar a la de Eusebio, llamada De Templo Solominis, que contiene el mismo tipo de "estudio alegórico o simbólico" del Templo que caracteriza a la Francmasonería especulativa. 42 El obispo Durandus del siglo XIII también escribió una "alegoría" de este tipo, contando cómo los hombres deben trabajar para construir el reino de Dios "cimentando las piedras" con caridad, "cubriendo su techo" con fe y erigiendo una Ciudad "cuadrada" con las virtudes cardinales, etc. Algo muy similar se repite en una obra de 1659 del teólogo puritano Samuel Lee (Orbis Miraculum, o el Templo de Salomón), y de nuevo en Solomon's Temple Spiritualized (1688) de John Bunyan, que expresan las verdades del Nuevo Testamento por medio del simbolismo del Templo, como la restauración del Templo de Dios con las "piedras" de nuestros cuerpos, erigidas sobre la "segura fundamento" de Cristo, etc.43 Sin embargo, una de las "figuras" más llamativas e interesantes de Eusebio aparece en el capítulo precedente de su Historia, donde declara que según los antiguos oráculos... los huesos se unirán a los huesos y las articulaciones a las articulaciones... (10.3). Esta metáfora también aparece en la biblioteca Nag Hammadi, más o menos contemporánea, explicando que la separación del hombre de Cristo comenzó cuando el Cuerpo preexistente de Cristo fue "desmembrado" por la Caída (cf. Gn. 2:21),44 pero será reunido nuevamente por un abrazo Matrimonial Sagrado en el eschaton (Gn. 2:24 y Ef. 5:31-32):

La Era presente fue hecha de esta manera, y fue planeada, y fue corta, porque fue un dedo que liberó a un dedo, y una articulación que se separó de una articulación (Protennoia Trimórfica, 42:33-43:4).45 Entrad (de nuevo) por la costilla de donde salisteis, y escondeos de vuestras lujurias (Interpretación del Conocimiento, 10:34-6). Mi Redentor, redímeme; porque soy tuyo; de ti he salido (Oración del Apóstol Pablo,

1A:3-6). Según Eusebio, los efectos de esta unión redentora “invadirán a todos los miembros” con “una energía del Espíritu Divino”, uniéndolos al Salvador como un solo “Templo armonioso”. Este es, de hecho, el secreto más íntimo de los “misterios divinos y sagrados” (10.3), que fueron diseñados para restaurar “el horrible cadáver del muerto a la vida” (10.4), una imagen sorprendente que ha obsesionado la tradición masónica desde entonces. Tal vez los símbolos masónicos más conocidos sean el compás y la escuadra, que se muestran entrelazados con la letra “G” entre ellos, como los emblemas tradicionales de la masonería (véase la figura a).

Durante la concesión de los grados primero, segundo y tercero,46 el compás y la escuadra se colocan sobre el altar del Templo de manera entrelazada, representando la Luz divina que se une con el candidato y lo llena de conocimiento creciente. Al mismo tiempo, esto conduce a su “renacimiento” como su “descendencia” resucitada. (figures b and c). Sin embargo, un catecismo masónico primitivo sugiere que este rito simbólico se deriva de un misterio aún más antiguo, al preguntar qué representaban los dos querubines del arca de la alianza. La respuesta que da es: el misterio del Altar de Oro (Dumfries Ms., ca. 1799). Por lo tanto, la unión de "los dos querubines" en el Templo de Jerusalén parecería ser la fuente última del "misterio del Altar de Oro" en el Templo Masónico. El hecho de que la letra "G" (que significa el Nombre secreto de Dios) también aparezca entre el compás y la escuadra entrelazados47 tiene su paralelo en la explicación de Filón de que la unión de las estatuas en el Templo judío representaba la "conjunción" de Dios con el alma y su "divinización" del receptor (50). Así, el compás y la escuadra son equivalentes simbólicos exactos de los antiguos Querubines, es decir, el antiguo "Masculino" y "Femenino", cuya unión era la característica central del misterio de la Sabiduría, y que producía la deificación del candidato. 48 Pero también deberíamos comparar este simbolismo único con la propia Imagen Divina (Gén. 1:27), que enseña que Dios es masculino y femenino unidos; de ahí que la sagrada "G" aparezca sólo cuando el compás masculino y la escuadra femenina están entrelazados. La asociación de estos símbolos "masculino" y "femenino" con la iconografía solar y lunar (véase figura d) también se basaba en la tradición israelita y semítica primitiva, según la cual los cuerpos celestes representaban varias deidades masculinas y femeninas. De hecho, sus símbolos todavía eran utilizados por los alquimistas europeos para describir la unión del "cielo" y la "tierra", tomando al "Sol" como figura de Cristo, y a la "Luna" como figura de su Esposa, la Iglesia. Estos deben unirse nuevamente para "engendrar" la "Piedra Filosofal", es decir, la vida eterna (véase la figura e). En consecuencia, Zósimo de Panópolis escribió en el siglo III que el "cielo" debe casarse con la "tierra" para que esta última sea regenerada:

Arriba, las cosas celestiales, abajo, las terrestres; por medio del hombre y la mujer se

realiza la obra. Unid al hombre y a la mujer y encontraréis lo que buscáis (Aforismos de Zósimo; véase la figura e).

Pero antes de que puedan completar esta importantísima obra, ambos deben morir y pasar por el estado "nigredo", es decir, la muerte y disolución del cuerpo (véase la figura f). Zósimo caracterizó apropiadamente esta etapa del misterio con la imagen del "sacerdote" que es despedazado y mutilado antes de poder resucitar y descubrir la "Piedra del Nilo". 50 Otros alquimistas describieron el matrimonio de la "brújula solar" y el "cuadrado lunar" como la unión de superius/inferius y externis/interius (Tractatus Aureus Hermetis), que refleja exactamente el lenguaje del antiguo Evangelio de Tomás ("Entrarás en el Reino cuando lo superior sea como lo inferior y lo exterior como lo interior", log. 22). 51 Tanto "Masculino" como "Femenino" serán entonces resucitados como el "oro" de la vida eterna, unidos para siempre como un zakar wanekebah divino, o "Rebis" ("Dos en Uno", figura g). El "Sol" y la "Luna" son también llamados "Rey" y "Reina", de la misma manera que los judíos se referían a Dios y a su Shekhinah exiliada en el misterio cabalístico.

El origen último del compás y la escuadra como emblemas divinos se pierde actualmente en las brumas de la antigüedad, pero su uso universal como herramientas de construcción hizo que aparecieran casi en todas partes como símbolos teológicos para denotar el poder creativo. En la iconografía griega, por ejemplo, la naturaleza de los dioses Plutón, Baco y Marte estaba representada por el triángulo (un compás de tres lados cerrado), y la de las diosas Rea, Venus, Ceres, Vesta y Juno por la escuadra. 52 En Egipto, los "amuletos" de Osiris incluían dos plomadas, suspendidas de dos compases, así como dos escuadras (figura h). 53 En la China precristiana, también se encontraba al Demiurgo, Fu Hsih, y a su contraparte femenina, Nü Kua, mostrando el compás y la escuadra como símbolos de sus poderes creativos masculinos y femeninos (véanse las figuras i y j). Incluso antes, el I Ching (ca. 720-474 a.C.) había descrito los cielos como redondos (así como la brújula delinea el horizonte), y la tierra como cuadrada (con sus "cuatro esquinas"). 54 Pero estos símbolos también fueron empleados por el Creador israelita, quien declara en el Antiguo Testamento: "Pondré una plomada en medio de mi pueblo, Israel" (Amós 7:8). "A la cuerda pondré el juicio, y a la plomada la justicia" (Isaías 28:17). Harás también un altar... que será cuadrado (Éxodo 27:1). Cuando él preparó los cielos, allí estaba yo; cuando puso el compás sobre la faz del abismo (Proverbios 8:27).55

Él ha descrito un círculo sobre la faz de las aguas (Job 26:10).

Estas referencias muestran que las herramientas del constructor, omnipresentes en la tradición, también se asociaban con su poder y su obra divinos. Había una leyenda que decía que el velo delante del Trono de Dios en el Lugar Santísimo Celestial estaba cubierto con las formas arquetípicas de las que procedería la Creación.56 Estas formas incluían sin duda las formas básicas redondas y rectas de la naturaleza, que se marcaban con el compás y la escuadra. No es, por tanto, sorprendente encontrar que los constructores de catedrales medievales frecuentemente representaban a Cristo con la plomada, el compás y la escuadra en sus manos, como, por ejemplo, en la Catedral de Santa Croce en Florencia, donde Jesús está de pie sobre el portal principal sosteniendo la escuadra del trabajador como un signo de su poder creativo divino. Las formas de arte más íntimas también emplearon estos símbolos como signos de los poderes creativos y sanadores de Yahvé-Cristo. Hay una miniatura italiana del siglo XIII, por ejemplo, que lo muestra sosteniendo el compás en su mano derecha, midiendo la extensión del universo. 57 Esto parece haber sido inspirado por el profeta del Antiguo Testamento que preguntó, con referencia a Yahvé, ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano, y los cielos con su palmo, y juntó el polvo de la tierra con un tresbolillo, y pesó los montes con balanza, y los collados con pesas?... Él es el que está sentado sobre el círculo de la tierra (Isaías 40:12, 22). Usando las mismas metáforas, los primeros masones decían que el masón corta las piedras duras, y corta aquí un trozo, y aquí otro, hasta que las piedras sean aptas y apropiadas para el lugar donde las colocará. De la misma manera, Dios, el masón celestial, construye una iglesia cristiana, y nos enmarca y pule a nosotros, que somos las piedras preciosas y costosas (Otto Werdmueller, A Spiritual and Most Precious Pearl, ca. 1550). 58 Edmund Spenser, a principios del siglo XVII, describió de manera similar la realización de la obra de Dios por medio de las herramientas simbólicas del masón: Su marco parecía en parte circular y en parte triangular: ¡Oh obra divina!

Esas dos primeras y últimas proporciones son: una imperfecta, mortal, femenina; la otra inmortal, perfecta, masculina; y entre ambas un cuadrado era la base (La reina de las hadas, II. ix.22).

Milton también habló de la creación del universo por parte de Dios mediante estos instrumentos sagrados:

Entonces detuvo las ruedas fervientes, y en su mano tomó las brújulas de oro, preparadas

en el almacén eterno de Dios, para circunscribir su universo y todas las cosas creadas (El Paraíso Perdido, Libro VII). Sin embargo, el privilegio de compartir el "misterio" de estos símbolos sagrados estaba restringido a quienes se consideraban dignos. Esto se muestra claramente en un manuscrito masónico temprano de alrededor de 1581, que estipula que un francmasón no debe permitir que él (quien no es francmasón) tenga el privilegio del compás, la escuadra, el nivel y la plomada.59

José Smith agregó de manera similar al texto recibido de Génesis 14 los siguientes requisitos estrictos para disfrutar de los poderes creativos del sacerdocio:

Ahora bien, Melquisedec era un hombre de fe, que obraba la justicia... Y así, habiendo sido aprobado por Dios, fue ordenado sumo sacerdote según el orden del pacto que Dios hizo con Enoc... Y fue entregado a los hombres por el llamado de su propia voz... a todos los que creyeron en su nombre. Porque Dios, habiendo jurado a Enoc y a su descendencia, juró por sí mismo que cualquiera que fuese ordenado según este orden y llamamiento tendría poder, por la fe, para romper montañas, dividir los mares, secar sus aguas, desviarlas de su curso... dividir la tierra, romper todas las ataduras... (TJS Génesis 14:26-31).

Además, con el compás y la escuadra se asociaban representaciones del dios y la diosa correspondientes como serpientes entrelazadas, cuyo abrazo sagrado creaba vida y mantenía la fertilidad. Estas, a su vez, se remontan al caduceo sumerio-babilónico,60 esa pareja mítica cuya interacción "nupcial" proporcionaba curación y bienestar general (figura k). Estas se relacionaron nuevamente durante el período babilónico tardío con la unión del sol y la luna (figura l). Los israelitas, en la misma época, tenían una serpiente de bronce (nehushtan), a la que adoraban como miembro esencial del panteón (2 R. 18:4); su propósito especial era curar a las víctimas de reptiles venenosos (Nm. 21:8-9). Paradójicamente, los talismanes que mostraban al "Dios único" del monoteísmo como un compuesto de "dos serpientes" (es decir, como "varón y hembra en uno") todavía eran comunes durante los siglos inmediatamente anteriores a Cristo (figura m y figura n). Por lo tanto, es significativo que la Iglesia viera al nehushtan como una alusión profética a Cristo (Jn. 3:14-15), quien milagrosamente "curaría" el "Templo de su cadáver" en tres días (2:19-20). De la discusión anterior debería haber quedado muy claro que los ritos y símbolos básicos de la masonería tenían sus raíces en tradiciones mucho más antiguas que el advenimiento de la "masonería especulativa" del siglo XVII. 61 De hecho, no puede haber duda de que tales tradiciones tuvieron su Sitz-im-Leben definitivo en el culto del Templo judeocristiano, como lo hemos descrito repetidamente en las páginas

anteriores de este estudio. Pero lo que es especialmente notable es que Joseph Smith no sólo reconoció la relación genérica entre estas fuentes anteriores y la masonería, sino que descartó correctamente las innovaciones extrañas que se les habían agregado, incorporando en su lugar elementos importantes propios que no se encontraban en la masonería, pero que realmente habían existido en tiempos antiguos. Por lo tanto, debemos concluir que el mormonismo no se derivó en absoluto de la masonería, sino que ambos provenían de una fuente común en la antigüedad. Por lo tanto, lo que Joseph Smith vio en el Templo Masónico lo inspiró a En el año 1600, el Profeta reconoció importantes restos de la auténtica Investidura, que posteriormente pudo restaurar en su forma original. Esto era aproximadamente equivalente a su experiencia anterior con los facsímiles egipcios del Libro de Abraham. Allí, también, había reconocido en la religión egipcia "falsa" características genéricas del Evangelio Eterno, características que también habían sobrevivido desde el principio de los tiempos, y que finalmente restauró en su prístina pureza. Es particularmente digno de mención que de todo el extenso ritual masónico, que ocupa más de doscientas páginas a doble columna en el Monitor de la masonería de Richardon, el Profeta aceptó como genuino solo lo que podría llenar una sola página en el mismo formato, incluso corrigiéndolo en puntos importantes. El resto lo proporcionó en forma de pactos auténticos derivados directamente de la Iglesia Primitiva, nuevamente establecidos en una Historia de la Salvación tradicional que describe el "viaje del hombre a través del desierto" en busca de Dios. De hecho, su concepción de la Investidura se corresponde mucho más con las alegorías del Templo de los primeros Padres de la Iglesia que con el ritual masónico, salvo por el importantísimo y central encuentro con el Salvador resucitado, que en verdad tenía su propia historia, mucho antes de que los masones comenzaran a imitarlo. Y dado que la Investidura restaurada es la que más se asemeja a esta tradición anterior, parecería que los masones tomaron prestada su ceremonia del antiguo "mormonismo", en lugar de que el mormonismo tomara prestada la de la masonería del siglo XVII.